Führerdämmerung

Juan Carlos Pereletegui



Las tres mujeres se miraron indecisas ante la puerta cerrada. Se escuchó un trueno sobre sus cabezas y todo el búnker vibró. Del techo se desprendió una nube de polvo de hormigón que las hizo toser.

- -¿Nos ha mandado llamar, mi Führer?
- —iAh! iSois vosotras! iExcelente, excelente! Mis secretarias y mi cocinera, mis últimos verdaderos fieles —exclamó Hitler, de excelente humor.

El Führer se encontraba en la pequeña habitación que hacía las veces de sala de estar, con Eva Braun y algunos de sus ayudantes. Compulsivamente dio la espalda a las mujeres y comenzó a caminar por la habitación, encorvado y con pasos cortos, la mano derecha a la espalda, para disimular sus temblores. Su voz apenas si tenía un atisbo del timbre y la pasión que habían enfervorecido a las masas.

—Vuestra devoción no quedará sin recompensa. El general Wenck está organizando la contraofensiva y borraremos a los bolcheviques de la faz de la tierra, pero la lucha será encarnizada y puede que Berlín no sea un lugar seguro... durante cierto tiempo —otro trueno punteó sus palabras —. El general Jodl está organizando un convoy que os trasladará, a vosotras y a fraulein Braun, al Berghof, donde estaréis seguras hasta que las nuevas armas destruyan a los enemigos del Reich.

Hitler siguió hablando sin dejar de caminar, mezclando de forma incoherente los planes de viaje del convoy, los ejércitos que se reagrupaban para lanzar contraofensivas demoledoras y las terribles armas secretas que les apoyarían, pero, como si se tratara de un juguete al que la cuerda se le agota poco a poco, lentamente la voz se volvió menos vibrante, los pasos se hicieron más cansinos, las palabras se espaciaron... hasta que se detuvo en medio de la habitación, en silencio, con la mirada fija en el retrato de Federico el Grande, el único detalle decorativo de la sala.

- —iTú también pasaste por esto! —murmuró al fin, de forma casi inaudible. Eva Braun se puso en pie y se acercó hasta él, tomándole las manos.
- —Sabes que nunca voy a abandonarte —le dijo con voz temblorosa por la emoción—. Yo me quedo a tu lado.

Sorpresivamente, aproximó la cabeza y besó al Führer en la boca, un beso largo y apasionado. Todos en la habitación quedaron pasmados, nunca antes Hitler había consentido una demostración publica de cariño

por parte de su amante de tantos años. Traudl Junge, que había soportado la terrible halitosis del Führer durante largas sesiones de mecanografía, no pudo evitar fruncir la nariz, asqueada.

Constanze, la bonita cocinera austríaca, la única autorizada para preparar la comida del Führer, de lo que se enorgullecía como un pavo, se adelantó:

-Nosotras también nos quedamos, mi Führer.

Tras ella, las dos secretarias asintieron.

Hitler se les acercó.

—iOjalá mis generales fueran tan valientes como vosotras!

Les estrechó la mano blandamente y les entregó píldoras de cianuro a modo de despedida.

Un hombre bien parecido llamó a la puerta de fraulein Braun y entró sin esperar respuesta.

—iAlbert! —exclamó Eva alborozada.

Albert Speer, el otrora arquitecto favorito de Hitler y por entonces ministro de armamentos, caído en desgracia por oponerse a la política de tierra quemada del Führer.

- —Eres la única luz que brilla en este lugar horrible —le dijo mientras la besaba afectuosamente.
- —iNo digas eso! —le recriminó ella con suavidad—. Adolf se esfuerza para que todos nos sintamos a gusto, y eso es de agradecer, con todas las preocupaciones que tiene.

En lugar de contestar, Speer prefirió mirar apreciativamente la botella de Moet Chandon que Eva había hecho traer. Sabía que era el preferido del arquitecto, su único autentico amigo entre la camarilla que rodeaba a Hitler.

- —Le sigues queriendo —no era una pregunta. Le acercó a Eva una copa de champagne.
 - —iPor supuesto! iY tú también! A mí no puedes engañarme.
- —iOh, vamos! No te habrás creído esas historias que se cuentan sobre Adolf y yo. iNo soy homosexual! —lo dijo con pasión pero sin acritud—. iY tampoco Adolf!

Eva desvió la vista, azorada.

—Sé que no habéis hecho nada reprobable —respondió—, pero Adolf siente por ti lo que no ha sentido por nadie, ni siquiera por mí. ¿Por qué

crees que sigues vivo después de desobedecer sus órdenes directas? Muchos han muerto por menos.

El arquitecto que miraba cabizbajo las burbujas de su copa, alzó la cabeza sorprendido.

- —¿Qué sabes tú de todo eso? Creía que no te interesaba la política.
- —Ni me interesa ni la entiendo, mi misión en la vida es darle amor y nada más ocupa mis horas, pero sé que Adolf no puede permitirse ser compasivo. Es nuestro Führer y su mano no puede temblar.

Albert Speer miró a Eva con una mezcla de lástima y admiración.

- —Es increíble que entre tanto dolor como hemos causado y como ahora sufrimos, tú te hallas mantenido siempre firme, como un hada buena, sin dudar nunca.
 - -¿Dudar de Adolf? ¿Estás loco?
 - —Ha hecho fusilar al marido de tu hermana.

Eva alzó la vista, retadora.

-Intentó huir vestido de paisano.

Speer la miró pensativo.

- —Adolf ha hecho cosas horribles, Eva. A algunas le he ayudado yo, unas sin saberlo, otras plenamente consciente...
- —iNo me lo cuentes! —le interrumpió ella, conciliadora—. Hiciste lo que el Reich necesitaba que se hiciera, igual que Adolf. No deberías reprochártelo, ni reprochárselo a él.

El hombre apuró su copa y se puso en pie.

—Debo irme, me está esperando —se acercó a ella y le puso las manos en los hombros—. ¿Te volveré a ver?

Eva lo miró con ojos serenos.

—Ya sabes que no.

Speer se quedó silencioso, buscando las palabras.

—Antes de que todo termine... dile que nunca dejé de amarle.

Eva le acarició la mejilla con dulzura y lo despidió con un beso.

Fue una ceremonia breve, de tiempos de guerra. Después de los síes, el Gauamtsleiter del distrito preparó el acta para que la firmaran los contrayentes. Primero Eva, que con las nervios casi firmó como Braun. Tachó la «B» y debajo, pletórica, escribió «Eva Hitler, nacida Braun».

La firma del Führer fue completamente ilegible a causa de los temblores que sacudían su brazo derecho. Los recién casados se despidieron de unos pocos íntimos a la puerta de la misma salita en la que, apenas tres días antes, Eva se había negado a abandonar al hombre de su vida.

Sobre la mesa, delante del pequeño sofá, había dos pistolas y un puñado de píldoras de cianuro.

- -¿Estás preparada?
- —Sí, pero antes me gustaría preguntarte algo. ¿Por qué la boda? Te lo agradezco mucho, sobre todo porque nunca te lo pedí.
- —¿Agradecerme? iBendita estupidez! iEsa boda no tuvo nada que ver contigo!

»Yo estaba casado con el pueblo alemán, pero me ha fallado, no es digno de un Führer como yo, no me merece, ipor eso nos hemos casado! iPara castigarlos! Para demostrarles a todos esos malditos cobardes, a todas esas mujerzuelas que solo piensan en abrirse de piernas ante el primer soldado enemigo que aparezca, que ya no significan nada para su Führer, que reniego de ellos, ilos repudio! Casándonos queda patente todo mi desprecio por un pueblo que no ha sabido estar a la altura de su destino, renuncio a ellos para que hagan frente sin mi quía al futuro que les espera. iLos pueblos eslavos! iEllos son los dueños del futuro! Han demostrado ser más fuertes, bravos y decididos que el pusilánime y débil pueblo alemán y si quieren ser sus esclavos, que lo sean, pero con esa boda les he demostrado que su Führer jamás aceptará guiar a un pueblo de cobardes. Yo les hubiera conducido a la cima del mundo si hubieran tenido coraje suficiente... nunca me exhibirán en el zoo de Moscú como una atracción de feria... nunca me colgarán por los pies como a Mussolini. Ese es el motivo de nuestra boda: iQue hasta el último ario se avergüence de no haber estado a la altura de su Führer!

Su voz se fue debilitando hasta convertirse casi en un susurro. Tomó aire, carraspeo y reunió sus últimas fuerzas:

—iQue sepan que ya no les amo!

Se derrumbó sobre el sofá. Ignorando a Eva tomó de la mesa una pistola e intentó amartillarla pero el temblor de su brazo derecho no se lo permitía. Eva le quitó el arma, tiró del percutor y se la entregó. Hitler intentó llevársela a la sien, pero no lograba centrar el cañón. Eva puso su mano sobre la del Führer, controlando su temblores y apuntó. Entre ambos apretaron el gatillo. La cabeza saltó hacía atrás y luego todo el cuerpo se derrumbó sobre el sofá.

Eva se sentó en uno de los sillones, colocó entre sus dientes una de las píldoras y apretó con fuerza.

Su último pensamiento fue para su amado Adolf, al que había podido servir hasta el final.